

# Mala Conciencia



Me lo encontré de sopetón en la esquina de la Catedral. Era Ignacio Ramírez. Sus facciones eran inconfundibles a pesar de haber transcurrido tantos años sin verlo. A él y a su hermano Augusto los llamábamos los hermanos “frentelulo”. Aunque Augusto era mayor que Ignacio dos años, eran idénticos. Como si hubieran sido gemelos nacidos con dos años de diferencia. Tenían una frente tan grande que se salía de sus límites y les llegaba hasta la mitad del cráneo.

Como un remolino, los recuerdos de nuestra infancia y juventud me atropellaron la memoria. Las calles de Breña, las mangas de Junín, Cristóbal Colón, Cañaveralejo, sitios y hechos que compartimos cuando andábamos sin Dios y sin ley en nuestras vacaciones escolares. Nuestra pasión era el fútbol. Augusto no era un jugador vistoso, pero era bueno para hacer goles. Ignacio y yo jugábamos en la defensa, peleábamos constantemente, culpándonos mutuamente cuando los rivales nos hacían goles.

Después de los partidos y las peleas, volvíamos a ser los amigos de siempre y nuestras andanzas continuaban. Fue en el fútbol donde nació el apodo que les dimos. Esa inmensa frente, brillaba con el sol por el sudor y parecían *lulos*<sup>1</sup>. Sin saber quién, ni cómo, ni cuándo, quedaron bautizados para siempre como “los hermanos frentelulo”.

Nos abrazamos y lo invité a entrar a una fuente de soda cercana. Ordenamos un par de cervezas.

—Cuéntame de tu vida Ignacio. Han pasado tantos años sin vernos. ¿Qué haces?

—Primero que todo te cuento que es la primera vez que vengo a Cali en veinte años. Trabajo en el Putumayo. Soy almacenista de las petroleras de Orito.

—Pero si no recuerdo mal, tú te graduaste de profesor en la Escuela Normal. ¿Qué pasó?

—Nunca ejercí esa profesión, no se puede enseñar a la juventud cuando se tiene una mala conciencia. -Su mirada reflejó cierta tristeza y pesar.

—Y Augusto, tu hermano, ¿qué es de él?

—Murió hace como diez años en un accidente de tránsito.

—Lo siento mucho, no lo sabía.

—No te preocupes. Allí donde está, está bien. Al menos ya descansa en paz.

<sup>1</sup>*Lulo: fruta tropical suramericana verde amarilla (Solanum quitoense)*

Hablamos sobre nuestras aventuras, nos reímos de las maldades que hacíamos, sin embargo se notaba cierta inquietud y nerviosismo en él. Ordenamos más cerveza.

De pronto me preguntó:

—¿Te acuerdas de Rosita, la señora que vivía en nuestra casa de Bretaña?

—¿Rosita? Sí, sí me acuerdo de ella, era una mujer muy linda, casada y recuerdo que nos contaste en ese tiempo, que tú y Augusto se acostaban con ella. Cuéntame ¿eso era verdad? O sólo era para cañarnos.

—No, eso era cierto, hermano, pero yo nunca le conté a nadie lo que verdaderamente pasó con Rosita. No sabes cuánto he sufrido. Esta es una pena que me ha acompañado desde siempre y no me deja vivir en paz. Fue por eso que yo me fui de Cali. Para olvidar lo que pasó con ella. Me exilié en las selvas del Putumayo y desde lo que ocurrió nunca pude volver a tocar una mujer. Soy sucio, soy un criminal, manchado y marcado por un pecado que nunca podré redimir.

El ambiente se puso pesado con sus últimas palabras. Guardé silencio y escuché ésta historia:

“A la muerte de Margarita, nuestra madre, Augusto y yo heredamos la casa de Bretaña.

Trabajábamos y compartíamos los oficios de la casa. Doña Angélica, la lechera, nos vendía la comida.

Después de unos meses, nos dimos cuenta de que la casa era muy grande para dos personas y decidimos alquilar parte de ella. Pusimos avisos clasificado en los periódicos y a los dos o tres días vino una pareja. El era un abogado, ejercía como juez Municipal de la Unión, un pueblito al norte del departamento. Ella,... ella era hermosa. Me enamoré perdidamente de Rosita desde el instante que la conocí y desde ese día, vivió en mis sueños sin importar si yo estaba dormido o despierto.

El pidió una rebaja en el arriendo, cosa que Augusto y yo aceptamos inmediatamente y firmamos el contrato a toda prisa.

Por coincidencia, él llevaba el mismo apellido de nosotros, Ramírez, Carlos Alberto Ramírez y ella era Rosita, hermosa, distinguida. Por razones de trabajo, él viajaba a La Unión, los domingos a eso de las tres de la tarde y regresaba los viernes entre las nueve y las diez de la noche.

La vida transcurría normalmente, con la excepción, que ella decidió cocinar para nosotros. Augusto y yo la llamábamos “Doña Rosita”. A pesar de quererla tanto, me daba miedo hablarle, la trataba con mucho respeto y temía que se diera cuenta de la pasión que había despertado en mí.

Pronto descubrí que había problema en ese matrimonio, algunas veces escuché discusiones y gritos en su alcoba. El la trataba mal y un día me pareció escuchar que le había pegado una bofetada. Empecé a odiarlo. ¿Cómo se atrevía el descarado ese a tratar mal a la mujer de mis sueños, a mi objeto de adoración y mucho menos pegarle?

¿Cómo podía alguien gritar a Rosita que era mi Reina?

Como a los cuatro meses de estar viviendo con nosotros, ocurrió algo que me destrozó el corazón y cambió mi vida por completo: una noche, era día de semana, entré a la casa a eso de las once de la noche, después del cine. Sigilosamente para no despertar a nadie, caminaba hacia mi alcoba, cuando escuché risas y susurros en la alcoba de Rosita. Me paré a escuchar y pronto oí gemidos y frases entrecortadas que no podía entender.

Seguí hasta mi alcoba, dejé la puerta entreabierto y protegiéndome en la oscuridad, esperé. Minutos más tarde, que parecieron horas, salió Augusto de la alcoba, deslizándose furtivamente hacia la suya.

Cerré la puerta y me tiré en la cama. Sentía rabia, celos, angustia de saber que Augusto le estaba haciendo el amor a la mujer que yo amaba. Lo odié a muerte. Maldito. Lloré y no pude dormir revolcándome toda la noche en la cama. Era algo que no estaba en mis sueños. ¡Ella, mi Reina, mi Rosita amada, me traicionaba con mi propio hermano!

¡Ella, tan hermosa y tan pura; esa mujer a quien le había entregado mi corazón sin reservas ni condiciones; esa mujer a quien me daba miedo hablarle de mi amor, de mis sueños, de mis angustias, de mis malditos deseos de poseerla! Ella que significaba todo para mí, ¡se acostaba no solo con su propio marido, sino con mi hermano! Eso era algo que yo no podía tolerar.

Al día siguiente caminé por las calles de Bretaña, desahugué mi rabia dándole patadas a las piedras, a los tarros de basura, a los perros, a las paredes de las casas.

Recuerdo, que una señora que estaba en una ventana, me vio cuando le di una patada a un tarro de basura y me pegó un grito:

—Vé, atrevido ¿por qué le das patadas a mi tarro de basura?

Lo único que se me ocurrió responderle fue:

—¡No se meta vieja tetona, que la cosa no es con usted!

Regresé temprano a casa, antes que lo hiciera Augusto. Saludé, Rosita preparaba la comida. Me senté en un banco de la cocina, mirándola con tanta intensidad, que ella se sintió incómoda y me preguntó:

—¿Le pasa algo Ignacio?

—No, no es nada. Sólo que he tenido un día muy malo. No se preocupe.

No se qué pasó, el recuerdo de Augusto haciéndole el amor me daba vueltas en la cabeza y no pude contenerme más y le dije:

—Quiero acostarme con usted Doña Rosita.

—¿Cómo, qué cosas está diciendo, Ignacio? Cómo se le ocurre decir esas majaderías muchacho.

—No se haga la boba Doña Rosita, anoche vi salir a Augusto de su pieza.

Se quedó petrificada, se puso colorada y nerviosa y no supo qué hacer ni qué decir. Se fue a su alcoba y unos minutos más tarde regresó, entregándome un anillo de esmeraldas, me dijo:

—Tome esto Ignacio, por favor no me pida que haga eso, ni diga nada.

—No, no quiero baratijas, lo que quiero es hacer el amor con usted, Doña Rosita. Si no, soy capaz de contarle todo a su marido.

Salió apresuradamente de la cocina y azotando la puerta, se encerró en su habitación. Hice lo mismo y me fui a la mía.

Mucho rato después, Augusto entró en mi alcoba, y me gritó:

—¿Qué te pasa maricón, por qué estás diciéndole esas pendejadas a Rosita? ¿Quién diablos te crees que eres? Tienes que aprender a respetar, estúpido.

Lo miré con rabia y le grité:

—¡Qué respeto ni qué carajo, yo vi anoche lo que esta pasando entre Doña Rosita y tú, así es que no te hagas el santurrón; además, yo tengo los mismos derechos en esta casa. Acordamos que íbamos miti y miti en todo!

—Ella no es parte de la casa, déjate de ser ridículo y para de joder.

—Bueno, si yo no puedo tenerla, el viernes próximo le voy a contar todo al marido. Vas a ver que la mierda va a volar al zarzo.

Augusto salió dando un portazo. Como un cuarto de hora después, regresó a mi alcoba y me dijo:

—Hablé con ella y puedes ir. Pero eso sí, que quede bien claro, una sola vez.

Envuelto en una toalla, me dirigí a su alcoba, entré, una veladora alumbraba tenuemente. Ella estaba en la cama desnuda. Era la visión más hermosa que yo había visto en mi vida. Era la Olimpia de Manet, hecha carne. La contemplé en silencio, largamente, con reverencia, como se miran las grandes obras de arte. Rompí el sortilegio y como un animal me tiré encima de ella, temblando de la emoción y desfogue toda mi pasión y mi amor. Traté de besarla en la boca, y con una mueca de asco me esquivó. Se quedó rígida los pocos minutos que estuve haciéndole el amor. Cuando vacié todas mis entrañas dentro de ella y levanté mi cara, vi que lloraba.

—No llore Doña Rosita que yo voy a quererla mucho y protegerla.

—¡Váyase Ignacio, inmediatamente! No quiero verlo más.

Pasaron unos días, desde ese episodio. El recuerdo de Rosita, hermosa, desnuda, su cuerpo brillando a la luz de la veladora, empezó a torturarme y quise más y más. Quería poseerla nuevamente. El desespero me mataba. Los amoríos con Augusto continuaban y mi angustia y mis celos aumentaban. Creí que me iba a enloquecer. Hasta que un día no aguanté más y le dije a Augusto:

—Quiero volverme a acostar con Doña Rosita. Dile que yo voy los lunes y los miércoles y que tú vas los martes y los jueves. Si no lo aceptan, juro por ésta cruz bendita que le cuento todo al marido.

Fue un pacto sucio que yo propuse y que ellos tuvieron que aceptar. No tenían alternativa. Durante el día nos evitábamos, a duras penas nos hablábamos; por las noches y, de acuerdo al pacto, la visitábamos. Ellos gozaban del amor y reían. Ella lloraba conmigo.

Las relaciones con el marido empeoraban, él le gritaba delante de nosotros y ella le amenazaba diciéndole que se iba a largar de esa casa para nunca volver.

El ambiente se hizo pesado. Todos vivíamos de mal genio. Augusto y yo peleábamos por las cosas más insignificantes. Hasta que un día en las horas de la noche, cuando estábamos sentados en la sala, Rosita nos dijo:

—Mañana me voy de esta maldita casa.

Yo me asusté y mi corazón se paralizó de sólo pensar que la iba a perder y le dije:

—¿Por qué Doña Rosita?, cómo se va a ir, nosotros la queremos mucho y la necesitamos. No se vaya por favor. -Sin saber por qué, me puse a llorar.

—Ustedes dos han acabado con mi vida. Me han convertido en una puta. En una mujer inmoral. Por eso me voy, porque no puedo seguir viviendo en esta suciedad.

Augusto permanecía callado y yo traté de acariciarla. Rechazándome me dijo:

—Usted Ignacio es una inmundicia, ¡Lo odio! Nunca más quiero verlo.

Sentí rabia y celos de ver que ella no le decía nada a Augusto. No se qué demonios me pasó, perdí el control y tomando un cojín pequeño que encontré a la mano, me abalancé sobre ella cubriéndole la boca y la nariz, ejerciendo presión con todas mis fuerzas. Aun recuerdo con horror como sus ojos me miraban como preguntándome ¿Por qué Ignacio? ¿Por qué? Luego Augusto se levantó de su silla y, para mi sorpresa, me ayudó a asfixiarla. Al principio ofreció resistencia y luego fue quedándose inmóvil hasta que se desmadejó completamente cayendo al suelo con su cara congestionada, que luego de unos minutos recobró la normalidad y se tornó azulada. Estaba más bella que nunca. Parecía dormida.

No nos dijimos nada. Callados y de común acuerdo la llevamos al patio de atrás. Cavamos una fosa profunda y la depositamos allí. Nos abrazamos en silencio y luego llorando rezamos un Avemaría y la cubrimos con la tierra húmeda y esponjosa.

Empacamos sus ropas, sus cosas de maquillaje y algunas de sus joyas en dos maletas. Esperamos que se hiciera más tarde y, al amparo de las sombras, nos fuimos hacia las mangas de Junín hasta donde estaban los desagües de la ciudad, y allí las arrojamos.

El viernes siguiente al regresar el doctor Ramírez le dijimos que doña Rosita se había ido el lunes anterior. No dijo nada, entró a la alcoba, empacó sus cosas, le pagó doscientos pesos a Augusto por el alquiler y se fue. Nunca más supimos de él.”

\* \* \* \* \*

Después de esta sorprendente revelación, solo nos cruzamos las miradas. En sus ojos húmedos vi el dolor de quien lleva en su conciencia una gran pena, ¡cuánto sufriría el pobre Ignacio! Nos separamos sabiendo que nunca más nos volveríamos a hablar. Lloviznaba cuando salí del café, caminé largo rato dejando que la lluvia me purificara y sentí una profunda tristeza al pensar en Doña Rosita y el remordimiento eterno de Ignacio.

Humberto Hincapié  
Karióng, Enero del 2002